

La verdaaaaaad

Cesare ZAVATTINI

El film se abre en el patio de un manicomio donde se encuentran una veintena de locos de cuños y edad variados. Hay uno de 25 años más o menos, que está leyendo un diario y riéndose como un loco.

No es un diario humorístico, es un diario serio, con la primera página llena de títulos dramáticos, a los que por otra parte, estamos habituados, 29 días de cada 30. Por ejemplo hay un título verdaderamente trágico relativo a no sé cuantos miles de muertos en alguna guerra, y nuestro loco ríe y ríe. Si quieren ustedes saberlo, ha sido internado en el manicomio precisamente porque ríe cuando los otros lloran.

Después en el diario hay un artículo de fondo con un título de una sola palabra, una de las más usadas: "Basta". Y nuestro personaje que continúa riéndose como un loco, reacciona con lenguaje y gestos groseros, porque la grosería es una de sus características. . . Me chupan un huevo con estos "Basta" —dice y se busca los testículos porque se le han bajado a un lugar de donde no acierta a recogerlos para llevarlos a su puesto. Y agrega: "Yo debo salir de aquí, debo decirle a la gente, que con las palabras se ha llegado al límite de la idiotez, desde hoy se debe cortar. Si continuamos usando estas palabras: justicia, humanidad, paz, en un año nos volveremos insoportables, los padres a los hijos y viceversa. Será una masacre, el mundo no podrá soportarse a sí mismo. ¡No es posible! Yo quiero ir a decirle a todos, incluso al Papa, que si no nos metemos dos dedos en la garganta y vomitando las palabras que tenemos en el estómago, que si no nos liberamos de ellas, éstas se atracarán, ya que están allí desde hace siglos y siglos, hablaré con el Papa y él me comprenderá, Quisiera por ejemplo que él no hablase más de paz. Mire, le diré, en estas cosas soy infalible, porque incluso yo tengo mi infalibilidad.

Esto por ejemplo, de que la paz es posible. Cómo hace él para invocar la paz, si no sabe qué cosa es.

No lo sabe él, ni lo sabe nadie, es totalmente lejano nuestro real conocimiento de esta palabra, y el sólo mencionarla es un verdadero autoengaño".

Exaltándose, grita: "Yo voy" y se pone a correr hacia el muro del manicomio, un muro alto de tres metros. Todos los locos lo siguen, como lo hacen siempre que inicia la carrera. Tiene incluso una herida en la frente, el pobrecito, por las veces que se ha golpeado contra el muro. Pues bien, seguido de todos llega allí donde está el muro con su inexorable altura. Este muro se ha vuelto el muro del llanto ya que todos alzan las manos, le imploran y se lamentan. Cada uno según su propio carácter. . . Antonio, nuestro loco se llama Antonio, deja salir de su boca las pocas malas palabras que para él tienen algún sentido. Los enfermeros quieren ponerle camisa de fuerza, porque se le escapan incluso palabras poco respetuosas hacia Dios y hacia el Papa y esto es demasiado. Pero él huye con un salto prodigioso, alzando tras sus pies nubecitas de polvo y llegando al muro, lo salta no obstante su imposible altura, gritando: "Voy a decir la verdaaaaaad".

Se lo ve caer como un muerto del otro lado del muro y los romanos que pasan —evidentemente estamos en Roma— lo creen muerto. En cambio, él logra levantarse. Desde ese momento hasta cuando lo atrapan y lo vuelven al manicomio, todo el film será una fuga y una persecución. Durante esta fuga, siempre a un ritmo creciente, suceden muchas cosas, de las cuales sólo cuento unas cuantas. La primera sucede en un autobús, sobre el cual Antonio ha logrado encaramarse, ordenando al conductor como un asaltante de aviones: "¡Vaticano!, ¡Vaticano!, ¡Plaza San Pedro! es su meta en los hechos porque su interlocutor ideal es el propio Papa con el cual está seguro de poderse entender, aunque no es un devoto, ni un católico. Pero en el autobús, sus gritos y sus profecías desastrosas, asustan a una señora encinta a tal punto, que da a luz. El considera este acontecimiento, mesiánico: "¡Nace el primer hombre que cambia la situación!" Se exalta: "¡Miren bien, aunque lo bautizo, incluso sin tener nada en común con la fe de quien es bautizado o bautiza!". Hay una mujer allí con la bolsa de las compras, quien le ofrece una botella de Coca Cola.

¡No la Coca Cola no! Y es sustituida por una botella de agua mineral. Pero entretanto el autobús ha llegado a un comisariado de policía donde el conductor se ha detenido imprevistamente.

Antonio, frente al comisario, lo atropella: "Ahora está demostrado que somos iguales. Si usted me arresta a mí, es como si se arrestase a sí mismo. No es una broma. . ." Después, de golpe, aprovechando la perplejidad del comisariado y caminando hacia atrás se eclipsa, como lo hacía Ridolini.

Naturalmente, comienzan a florecer leyendas en torno a nuestro loco. La gente dice que es uno que quiere matar al Papa. O por lo menos abofetearlo históricamente. O incluso secuestrarlo. Debemos decir seguidamente que ya se ha movido el ejército, aunque con toda discreción.

Nuestro Antonio, para huir de sus perseguidores, se mete en las catacumbas mezclándose con una caravana de turistas. En las catacumbas sostiene, entre otras cosas, que el llamarse cristiano se ha vuelto un privilegio, un abuso. Que el destino de los hombres es el de descubrir la propia grandeza para "desprivilegiarse". Efectivamente, si hay alguien que cree que el hombre es grande, éste es precisamente Antonio. El hombre es grande, pero se le ha impedido simplemente manifestarlo. Para subrayar su condición, para demostrar cuán leal es él y cuán humilde, se hace dar patadas por el culo por los turistas de todos colores, que reaccionan un tanto aterrorizados.

Explica que la situación es verdaderamente horrenda, pero precisamente porque se ha tocado fondo, se debe reaccionar reconociendo la grandeza del hombre no obstante viva ahora en la mierda. Según Antonio, la revolución comienza con el reconocimiento científico de esta grandeza, con organizarla



para que se exprese, y luchar para que sea de pronto, de inmediato. Dice que él ha llorado de desagrado, cuando ha tenido que reconocer la grandeza de los otros, pero después, frente a la realidad, ha tenido que habituarse. Y hubiera continuado con su argumentación si un ratón no se hubiese deslizado entre los pies de los turistas y los militares que llegan en persecución de nuestro Antonio, provocando la fuga de todos. Esto ocurre en medio de un relampagueo de armas y linternas y gritos como cuando se incendia un cine. Después a la salida, pisoteados y heridos, todos se desahogan contra un ratón que ha escapado fuera, aplastándolo y reduciéndolo como a un murciélago. ¿Sabían que un murciélago después de muerto se reduce a la décima parte de sí mismo?

En este desbarajuste Antonio logra retomar la situación y continuar su prédica para convencer al prójimo, consciente de su potencia, pero también de su actual impotencia. Alguien le objeta más o menos tímidamente, que el mundo no es tan bruto como él lo describe. Que también existen incluso poetas. Pero es precisamente esta alusión a los poetas lo que lo enfurece. Parece casi tener un problema personal con los poetas. En realidad él concentra en el rechazo a los poetas, el rechazo a todas las categorías de valores actuales. Dice que el hombre no es un poeta porque se vuelva poeta, sino que cada hombre nace poeta. Pasa, como puede verse, de una explicación de carácter representativo a una explicación de carácter conceptual. En resumen, Antonio es tan convincente en su argumentación que algunos soldados detienen a un poeta que pasaba por allí y se aprestan a fusilarlo. Pero en aquel momento uno de los que integra el pelotón de fusilamiento, comienza a cantar un himno extraño, donde hay palabras insensatas. Antonio lo abraza con fuerza considerándolo un inspirado: "He aquí que propiamente de usted, un servidor del Estado, nace un lenguaje liberatorio" —exclama—. "Un lenguaje que lo libera del terror de las palabras, que ahora son sólo fuente de envilecimiento e ignorancia".

Todos terminan por entusiasmarse y se forma un cortejo que entonando una canción popular, se encamina hacia San Pedro. Antonio lo dirige, lo excita, lo multiplica con la gente que aparece en las ventanas, donde un continuo expandirse de voces pregunta si de verdad es la revolución y de qué cosa se trata. Y hay uno incluso, que dispara por la ventana, incitado por la voz que desde la radio proclama que un loco amenazante va en camino a San Pedro.

A todo esto, el cortejo ha llegado a Plaza Venecia y sin que sepa cómo Antonio se ha trepado en el histórico balcón. Desde allí, inesperadamente pre-